

YOKO OGAWA

*Amores al margen*





Amores al margen

COLECCIÓN  
LITERADURA

Yoko Ogawa

Amores al margen

Traducción de Yoshiko Sugiyama



Primera edición: mayo de 2013

Título original: *Yohaku no Ai* (1991)

*El editor agradece a Gonzalo Gómez Montoro su imprescindible ayuda  
en la publicación de este libro*

© Yoko Ogawa, 1991, 2013

*Edición original japonesa publicada por Fukutake Shoten Co., Ltd., Tokyo*  
*Derechos de traducción acordados con Yoko Ogawa a través del Japan Foreign-Rights*  
*Centre y Ute Körner Literary Agent, S. L. [www.uklitag.com](http://www.uklitag.com)*

© de la traducción: Yoshiko Sugiyama, 2013

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2013  
c/ Flamenco, 26 28231 Las Rozas (Madrid)  
[www.funambulista.net](http://www.funambulista.net)

IBIC: FA

ISBN: 978-84-940906-7-7

Dep. Legal: M-14615-2013

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Kudanshita Station*, © Shuets Udono, Tokyo, 2009

Producción gráfica: MFC Artes Gráficas

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Amores al margen





CONOCÍ A Y. EN UNA PEQUEÑA sala de un antiguo hotel situado en una calle detrás de la clínica F.

El hotel, una antigua propiedad restaurada que había pertenecido a un marqués, por lo que parece, poseía un estilo arquitectónico muy interesante, pero el lugar no parecía muy alegre. Apenas tenía veinte habitaciones, un restaurante, un bar y, en el anexo, un pequeño museo donde estaban expuestas las colecciones de dicho marqués.

En el transcurso de mi hospitalización por problemas de audición en el servicio de otorrinolaringología de la clínica, ocurría a menudo que mirase ensoñadoramente en dirección al porche del hotel a través de la ventana de mi habitación, que quedaba por encima de unos castaños, y hubiera podido contar con los dedos de una mano el

número de coches que iban a estacionarse allí durante la jornada, cuando el portero, desocupado, se retiraba a sus aposentos de debajo y el lugar encontraba la calma de una iglesia después de la misa.

Una tarde, dos días después de mi salida, fui al hotel para participar en una mesa redonda. La puerta giratoria de la entrada, con sus vidrieras de época, trepidó con un chirrido en cuanto hube empujado el panel. En ese momento, al creer por error que los zumbidos de mis oídos, que tanto me habían desgastado, volvían por sus fueros, me quedé inmóvil allí mismo y cerré los ojos, pues tenía la sensación de que ese ruido, como mis pitidos, provenían de un abismo. Acababa de abandonar la clínica y todavía no tenía la confianza suficiente en mi capacidad de discernir correctamente los sonidos. Cuando llegaba el presentimiento de un zumbido, no me quedaba más opción que cerrar los ojos.

—¿Ocurre algo? —me preguntó el botones con tono inquieto.

—No, no pasa nada —le contesté sin abrir los ojos.

—¿No se encuentra usted bien?...

—Sí, le digo que sí, no se preocupe.

El tambor se detuvo lentamente a mis espaldas. Al mismo tiempo se alejaba el presentimiento de la inminencia del zumbido. Creo que transcurrió poco tiempo, un par de segundos a lo sumo.

—Pero si le estoy diciendo que no pasa nada... —le confirmé antes de volver a abrir los ojos.

Tenía la sensación de un ligero vértigo.

El botones me invitó a entrar con una sonrisa.

Llegué a la sala en donde los demás participantes se habían reunido. Ésta apenas podía contener una mesa para ocho personas con sus sillas, pero era una estancia lujosa, con molduras taraceadas hasta las cuatro esquinas del techo, que se extendían hasta las barras de las cortinas. En las sillas adosadas habían tomado asiento una mujer mayor con un traje de chaqueta gris perla y un joven euroasiático. En la que estaba pegada a la pared, estaba uno de los periodistas de la revista que organizaba la reunión, y en la esquina se hallaba Y. El sol otoñal que entraba por la ventana orientada al sur llenaba la estancia. El mantel, la garrafa de agua y el cabello de reflejos castaños del muchacho estaban bañados por la luz. Sólo la silla de Y. estaba ligeramente en penumbra, como si se hubiera situado detrás de la luz. Después de disculparme por el retraso, me senté a su lado.

—Buenos días, vamos a empezar. Les agradezco su participación, a pesar de sus ocupaciones, en la mesa redonda titulada «Así me curé de mis inopinados problemas de audición», para el número especial de *Páginas de Salud*.

El periodista se inclinó cortésmente.

—Esta serie de «Así me curé de...» está muy valorada, y los temas como la enfermedad de Basedow en el número precedente o el insomnio en el penúltimo han suscitado mucho interés en todo el país. Esta vez, con la participación de la clínica F. confiamos en poder redactar un artículo útil gracias a la valiosa experiencia de todos ustedes. Se trata de sus cuerpos y, además, los problemas de audición son enfermedades delicadas, de ahí que imagino que les resultará a veces complicado hablar de ello, pero ni su foto ni su nombre aparecerán publicados, con lo cual creo que pueden hablar en toda libertad.

Asentimos con la cabeza, un poco tensos.

—Pues bien, en primer lugar les voy a pedir que describan, por turnos, los primeros síntomas de la enfermedad.

El periodista se dirigió con la mirada a la mujer madura.

Ésta hizo uso de la palabra mientras, con un ruido, accionaba dos o tres veces el cierre del bolso que tenía en el regazo.

—Sí. En mi caso, una mañana, al despertar, todos los ruidos habían desaparecido.

Fue entonces cuando me di cuenta de que Y. era estenógrafo, porque había empezado a deslizar su bolígrafo sobre el papel en el mismo instante en que la mujer había pronunciado la primera palabra. El momento en que su bolígrafo se

había movido coincidió exactamente con la voz, sin fuerza y un poco acatarrada, que salía de la boca de la mujer, y tuve la curiosa sensación de que me hallaba en presencia de un mago. Y ese instante, como la paloma que agita sus alas detrás del pañuelo del mago, quedó grabado en mí. Mi mirada, que fingía indiferencia, iba alternativamente de los labios de la mujer a la mano del estenógrafo. Ella seguía hablando.

—Al principio, creí que la nieve había sepultado el jardín. Porque en mi infancia había sentido ese silencio del aire, en las mañanas nevadas. Pero enseguida entendí que eso era absurdo. El calendario me decía que estábamos en el mes de junio. No sabía cómo reaccionar en absoluto. Era totalmente distinto a lo que suele ser la calma. Todo estaba blanco en mi mente. Traté de taparme los oídos, despeinarme la cabeza, pero toda aquella blancura no hacía sino espesarse, y nada surtió efecto.

La mujer bajó los ojos en dirección a la grabadora que estaba funcionando en el centro de la mesa y, como si intentara recordar frases preparadas de antemano, empezó a dar explicaciones detalladas en relación con sus oídos. Entretanto, el bolígrafo del estenógrafo no dejaba de acompañar su voz.

—Tenía tanto pavor, que temblaba toda dentro de la cama. Desesperada, pensé que había perdido mis orejas durante la noche. Aun cuando la parte exterior seguía allí, el

interior, lo esencial, se había fundido, taponando los agujeros. Mis temblores eran tan fuertes que me preguntaba si mi cuerpo iba a romperse en pedazos. No sé si esto forma parte de los problemas de audición inopinados o si era algo meramente psicológico. Al poco me entraron náuseas. La multitud de nervios minúsculos que atravesaban mi cerebro había sido presa de espasmos al mismo tiempo.

—Así pues, al principio, hay una ausencia de sonidos, temblores y náuseas, ¿es eso?

—Sí —asintió ella, antes de beber un trago de agua.

Durante ese rato, el estenógrafo pasó una página del bloc, que tenía bajo la mano. Sus dedos atravesaron tranquilamente el ángulo de mi campo visual. Las explicaciones de la mujer prosiguieron, y el periodista iba acotando la conversación de vez en cuando, mientras el joven euroasiático prestaba atención, con deferencia. Sólo se movía la mano del estenógrafo. Tuve la sensación de que el aire vibraba de un modo preciso únicamente alrededor de ella. En realidad, no debía de ser nada especial. El bolígrafo, el bloc de notas, el clasificador, el reloj y los dedos eran todos ordinarios. Nada había de extraordinario o digno de mención. Con la excepción de los signos, que anotaba a toda prisa.

No podía evitar mirarlos. Se sucedían sin solución de continuidad y, conforme al movimiento de la mano, cabía imaginar hasta qué punto su forma era extraña y fascinante.

Pero yo estaba sentada en un lugar delicado donde las condiciones, el ángulo y la posición de la luz se conjugaban para sumir sus manos en la penumbra. Por mucho que me fijase con todo mi empeño, no lograba ver lo que había en la punta del bolígrafo azul.

El tratamiento brutal al que ella había sido sometida en el servicio ORL de una primera policlínica adonde acudió, el sufrimiento psicológico ocasionado que había acentuado los daños causados a los oídos, el rápido aumento de la intensidad de su sordera y su curación cuando por fin llegó a la clínica F... El relato seguía desgranándose sin interrupción como las puntillas de un encaje.

Me impresionó el hecho de que ella tuviera tantas palabras para referirse a sus oídos. Me preguntaba con inquietud si sería yo capaz de explicar correctamente mi caso cuando llegase mi turno. Desde que enfermé, tenía la sensación de que mis oídos ya no eran un órgano que formase parte de mi cuerpo, sino algo abstracto. De vez en cuando, la mujer, a base de golpecitos con el pañuelo, retenía su maquillaje donde gotitas de sudor brillaban, y luego secaba con los dedos las gotas de agua de su vaso.

Sólo se azoró un poco en sus explicaciones, poniéndose a tartamudear, cuando la chica que servía el café hizo un mal movimiento y dejó caer una cucharita al suelo. En ese momento, el joven euroasiático, ella y yo misma erguimos

nuestras cabezas al unísono, intercambiando una mirada de inquietud. Absorbido por la moqueta, el ruido inesperado había sido el origen de un temor compartido. El periodista, al igual que el estenógrafo, no parecía haberse percatado de nada. Mientras que los otros tres teníamos el mismo tipo de oídos.

En cuanto la camarera se marchó, tras cambiar la cuchara, la estancia recobró la calma.

—Ya veo, ya veo... Bueno, ahora pasaremos al siguiente caso —abrevió el periodista, aprovechando la coyuntura, y miró al joven euroasiático.

Éste tenía unos rasgos absolutamente magníficos. La línea de sus ojos, de su nariz, de su barbilla destacaba claramente contra la luz, como trazada con un lápiz bien afilado. El contorno de sus oídos era asimismo tan regular que resultaba imposible imaginarlos enfermos. A la menor vibración de su cuerpo, el cabello se movía.

—Yo, al principio, no tenía síntomas.

El chico hablaba perfectamente japonés, como un japonés.

—Tres días después de mi ingreso en la universidad, pasé la visita médica, y en el control de audición se dieron cuenta de que había una anomalía. Enseguida me hospitalizaron, de modo que interrumpí mis estudios al cabo de tres días. Aunque al principio nunca pensé que duraría tanto.

—¿Qué tipo de anomalía encontraron? —preguntó el periodista.



—No sé muy bien. El médico no era muy comunicativo y no me explicó nada. Me dijo simplemente que había que hacer exámenes complementarios.

—¿Escuchó usted los sonidos de la audiometría?

—No. El test se produjo en un rincón del auditorio, y en cuanto me colocaron los auriculares todo se mezcló con la algarabía de las pruebas oculares que se desarrollaban al lado y con los pasos de los estudiantes, de manera que ya no supe qué sonido correspondía a qué cosa.

—¿Ah, sí? ¿Y no tenía usted ninguna dificultad en su vida diaria?

—No. Sin embargo, mientras me hacían escuchar todo tipo de ruidos para el examen profundizado en la clínica F, de hecho apenas oía la mayoría de los ruidos, o bien oía algunos que no existían, acabé sintiendo como si algo me taponara los oídos. En lo más profundo del conducto auditivo, en el lugar más estrecho, había algo blando, sí, blando, no duro como el corcho, no sé cómo decirlo, tenía la sensación de que un penacho de diente de león se había quedado allí atrapado.

Sus explicaciones eran mucho más torpes que las de la mujer.

Me pregunté de pronto, con un poco de miedo, si el estenógrafo no se vería perturbado por todos estos cambios de interlocutor, pero su bolígrafo no hacía pausa alguna.

A pesar de que estaba sentado a mi lado, no alcanzaba a ver bien la expresión de su rostro. La atmósfera que se desprendía de sus hombros, el tono de su traje oscuro, la forma de sus dedos eran cosas que yo no podía observar más que de ese modo fragmentario. Sin embargo, me bastaba con ver el movimiento sin cesar de sus manos para ser capaz de sentir con certeza su respiración. El café se le había enfriado sin que hubiera bebido ni un solo sorbo.

—Yo también tuve lo mismo. Esta sensación desagradable, como si unos pendientes estuvieran demasiado hincados y no pudieran ya retirarse —intervino la mujer volviéndose hacia el muchacho—. Dijo usted que era algo blando, pero en mi caso era muy duro, más que el corcho. En el momento de mi hospitalización era como si mis oídos estuvieran tapados con una pequeña moneda de un céntimo.

Lo más increíble es que ella llevaba unos enormes pendientes. Turquesas, por cierto, y que no pegaban con su traje de chaqueta gris perla, y que se balanceaban sin parar por debajo de su melena. Incluso daban la sensación de que, con su peso, estiraban hacia abajo los lóbulos. Yo seguía sin atreverme a llevar pendientes. Si me hubiera puesto unos tan grandes, capaces de deformar mis lóbulos, cuando precisamente era en ese momento cuando más quería olvidarme de mis orejas, sin duda, me habría sentido obnubilada por su presencia. Pensé que el ruido de los pendientes de turquesas,

al hacerse más y más fuerte, habría hecho que no oyera nada más.

De repente, el periodista me pidió que interviniese, con lo que desvié mis ojos precipitadamente de los pendientes.

—Sí, es cierto que tuve la sensación de llevar unos pendientes.

Mi voz me pareció ronca.

—¿Podría precisarnos cuáles fueron sus primeros síntomas? —me preguntó, mientras hojeaba los expedientes.

Me dije que iba a hablar lo más lentamente posible para no cansar al estenógrafo.

—Sí, pero como justo anteayer abandoné la clínica, no sé muy bien si estoy curada de verdad. Así que no sé si voy a poder hablar de esto como es debido...

Preocupada por saber si él podría tomar nota de lo que yo decía, intenté bajar los ojos voluntariamente para que sus dedos entrasen en mi campo de visión. Seguía sin ver lo que transcribía, pero supe que mi voz estaba siendo grabada de inmediato en el blanco papel. Aquello me reconfortó.

—Por la mañana, me despertó un sonido extraño. No se trataba de un sonido habitual de la vida diaria, era algo mucho más extraño. Estuve escuchándolo un ratito en la cama, y luego intenté compararlo a todo tipo de ruidos que yo conocía. Y acabé suponiendo que se trataba de una flauta travesera, no de metal, sino de madera, como las que se

usan en la música de corte Gagaku. Como la ventana de la veranda estaba abierta más o menos un palmo, creí que era mi vecina que estaba tocando. Ella es modelo, tiene bastante éxito y no le pega andar tocando la flauta, pero pensé que no podía ser otra cosa. Y es que estaba convencida de que estaba oyendo el sonido de una flauta.

Los dedos del estenógrafo me perseguían como una sombra. No se dejaban distanciar, pero tampoco me adelantaban.

—Es exactamente lo contrario de lo que me ocurrió a mí. Al margen de lo de oír o no oír... —dijo la mujer.

—Al despertar, de repente, ¿una modelo que toca la flauta? Qué enfermedad más extraña... —murmuró el joven euroasiático.

—Pero cuando sentí miedo de verdad fue cuando me di cuenta de que nadie tocaba la flauta. Por mucho que cerré la ventana, tomé una ducha y me subí al tren, el ruido seguía allí. Lo más perturbador es oír un sonido que no existe.

—Sí, entiendo lo que se puede sentir.

La mujer movió la cabeza varias veces. Sus pendientes se balancearon todavía más.

La mesa redonda estaba durando bastante más de lo que yo había pensado. En un momento dado, el casete se detuvo y el estenógrafo le dio la vuelta rápidamente antes de apoyar de nuevo en el botón. La luz del sol que penetraba por la ventana

cambiaba de color a medida que avanzaba la hora. Se percibían de vez en cuando a través del cristal unas siluetas que salían del museo o pajaritos que volaban por entre los arbustos.

El periodista multiplicó las preguntas precisas relativas a los distintos medicamentos, sus efectos secundarios, la hospitalización, la alimentación y los procesos de regreso a la vida social. La mujer era quien hacía más uso de la palabra, y a menudo nos interrumpía, al joven y a mí, para volver sistemáticamente a su problema personal. Cuando iniciaba su larga historia, el joven fumaba con parsimonia un cigarrillo, mientras yo, sin moverme, me pasaba el rato observando las manos del estenógrafo.

No me explicaba por qué, a pesar de que para mí la conversación sobre los oídos era mucho más importante, sólo me interesaba él. ¿Acaso me preocupaba que los oídos me volvieran a fallar, dado que era la primera vez desde mi salida de la clínica que oía tantas voces ajenas? ¿Tal vez intentaba así fijarme en otra cosa que no fuera un sonido? Sea como sea, mirar sus dedos me relajaba.

Lo más curioso es que nadie aparte de mí se interesaba por él. El periodista dirigía el coloquio, y la mujer y el joven hablaban desde el principio como si el estenógrafo no estuviera presente. Nadie lo miraba, nadie le dirigía la palabra. Estaba sentado allí, solo en un rincón, como si fuera un jarrón antiguo.

Después de que retirasen las tazas y las volvieran a traer llenas de té chino, el periodista dejó escapar un suspiro y anunció que iba a plantear una última pregunta.

—Como saben, los trastornos auditivos inopinados son de origen desconocido, ¿pero no recuerdan algún factor desencadenante en su vida cotidiana, sus condiciones laborales o su situación psicológica antes de caer enfermos?

Obviamente, quien primero respondió fue la mujer.

—Sí, en efecto. Mi suegra, que estaba encamada desde hacía cinco años de resultas de un derrame cerebral, falleció, y, después del funeral y el entierro, empecé por fin a respirar. Cuando yo era joven, ella me trataba de un modo bastante espantoso, haciéndome llorar a menudo y, durante los cinco años en que me ocupé de ella, la fatiga, física pero también psicológica, siempre estuvo presente. Y todo esto le pasó factura a mis oídos, saben...

Cogió la taza de té chino con todas las precauciones impuestas por lo caliente que estaba.

El joven dijo de manera sucinta que no recordaba nada.

—¿La fatiga de los exámenes? ¿El cambio de entorno, al pasar del instituto a la universidad? —sugirió el periodista, pero el joven se limitó a sacudir la cabeza sin dar muestras de interés.

Sólo faltaba yo. Estuve un momento callada, sin saber cómo establecer un vínculo entre mi vida y mis problemas au-

ditivos. En principio, la enfermedad tenía sus raíces en la vida personal y, cuando la dolencia se agravaba, repercutía en esa vida personal, con lo cual, ¿cabía pensar que toda patología se producía siempre en la vida personal...? Mientras yo reflexionaba sobre estas incoherencias, los dedos del estenógrafo me esperaban, inmóviles, como una mariposa en reposo. Ante la idea de que debía decir algo a toda costa, pues si no los dedos no se moverían, mi silencio me resultaba cada vez más opresivo.

—No logro acordarme. Cuando caí enferma se produjo toda una serie de hechos, hasta el punto de que ordenarlos y relacionarlos supone un gran esfuerzo. ¿Cuáles guardan relación con mis oídos y cuáles no? A veces hasta imagino que mis oídos han estado siempre así desde mi nacimiento. Lo único que tengo claro es que el día antes de que oyera el sonido de la flauta, mi marido se fue de casa.

En cuanto hube pronunciado estas palabras, me resultaron completamente vulgares. Tenía la sensación de que no había mucha diferencia con el relato sobre la suegra víctima de una hemorragia cerebral, aun cuando la mujer me miraba con una expresión llena de compasión.

—Quiero decir que nos separamos mi marido y yo. Sigo sin saber si esto tuvo relación con mi enfermedad. Si bien en la clínica F. me dijeron que este tipo de sufrimiento psíquico es lo que debe evitarse a toda costa. Vaya, que podría ser la causa directa...

El aroma del té chino se había propagado por la sala, recordando el de flores color rojo intenso. Era tan fuerte el aroma que se hacía opresivo, así que no me decidí a probar el té. Se oía un sonido de agua en alguna parte del hotel. ¿Alguien se estaba tomando un baño? A menos que se tratara otra vez de zumbidos... Mis oídos no me permitían distinguirlo.

—Quizá no me crean, pero presentí la enfermedad. No una premonición. Un mero presentimiento. Mucho antes de que oyera el sonido de la flauta, e incluso antes de que tuviera algún síntoma, tenía la impresión de que iba a producirse un hecho anómalo en mis orejas. Una mañana, mientras me desenredaba el pelo, las vi reflejadas en el espejo. Por lo general, ni me habría fijado. Pero, en ese momento, me parecieron tan extrañas que no pude dejar de mirarlas un rato. Era como si las viera por primera vez. Deslicé el dedo por su extraño contorno, comparé los bordes, acaricié los lóbulos. Al observarlas con más atención, mis orejas se me aparecían como un órgano de forma extraña y complicada. Y el hecho de que sólo podía verlas en el espejo me perturbaba todavía más. Me habría gustado tanto poder mirarlas directamente, colocarlas en la palma de la mano. No entiendo la razón de ello. En esa época estaba lejos de saber que mi marido se iba a ir de casa. No teníamos problemas. Simplemente sentía en mi fuero interno eso en relación con mis orejas.



Cuando coloqué la mano en mi clavícula izquierda, Y. levantó la mirada con viveza y me miró. Tuve la sensación de que era la primera vez que nuestras miradas se cruzaban. Fue muy breve, pero tuve la oportunidad de fijarme en la forma de sus ojos y su expresión. Su mirada había pasado sobre mi persona como una estrella fugaz.

Él no podía transcribir más que palabras. Me pregunté cómo habría transcrito mi gesto.

Cuando se dio por acabada la mesa redonda, el cielo empezó a ensombrecerse. Se habían cerrado las puertas de los museos y pronto los matorrales quedarían en penumbra. Nos mirábamos los tres sonriendo, envarados. La mujer guardó su pañuelo en el bolso, el joven bostezó.

Al tiempo que reiteraba varias veces su agradecimiento por la valiosa conversación, el periodista guardó sus documentos antes de distribuirnos nuestros sobres. Durante este lapso de tiempo, la camarera nos llevó la comida. Era un menú a la francesa: muslos de pollo con setas y brócoli. Había todo tipo de bebida. Vino, cerveza y agua mineral, todo transportado en un carrito.

Pensé dirigirle la palabra a Y. desde el principio de la comida. Tal vez me mostraría sus palabras estenografiadas. Eché un vistazo a la izquierda, allí donde habría debido de hallarse él. Pero ya no estaba.

El portadocumentos, la grabadora, el bolígrafo azul y el bloc de papel, todo había desaparecido. No pude evitar pensar que se había marchado sin hacer ruido por donde entraba y salía la camarera, quizá mientras yo firmaba el recibo de la remuneración o cuando los platos servidos habían captado mi atención. No había oído cómo recogía sus cosas en el portadocumentos, no había oído nada cuando había pasado por detrás de mí después de levantarse de su silla. Era como si se hubiese esfumado.

—Bueno, les doy las gracias a todos. Tómense su tiempo para disfrutar de la comida —dijo el periodista, todo sonrisas.

El joven apagó el cigarrillo, la mujer plantó su tenedor en los brócolis verdes y rugosos. Del mismo modo que nadie se había fijado en el estenógrafo, nadie se percató de su ausencia. Con la servilleta en la mano, yo miraba la silla en que se había sentado. Había como un hueco de soledad en ella. Una cavidad que había absorbido del todo el recuerdo de quien se había sentado allí. Era como si el respaldo de cuero estuviera ligeramente ahuecado, pero debía de ser sólo fruto de mi imaginación.